



Estereotipos de Género en la Infancia

Cómo educar deconstruyendo estereotipos de género

- **No a todos los niños les gusta jugar al fútbol; hay niños que adoran cocinar, bailar, pintar, y niñas que aman jugar al fútbol.**
- **No todas las niñas quieren ser princesas, algunas quieren jugar con muñecas y otras prefieren jugar con herramientas y autitos.**
- **Los niños lloran al igual que las niñas; no por llorar se es menos fuerte. La fortaleza no tiene que ver con ocultar las emociones.**

Los primeros años de vida de una persona son constitutivos a nivel biológico, cognitivo, social, emocional y psicológico. En esa etapa se construyen nuestros esquemas y estructuras a través de los cuales miramos el mundo. De estos esquemas derivan las creencias –atravesadas por las creencias parentales, sociales y culturales– que nos permiten asignar un significado específico a los acontecimientos que vivimos. Como padres, madres, familias, docentes y sociedad estamos atravesados por preconceptos, expectativas y mandatos sociales que muchas veces no se condicen con los deseos de nuestras/os niñas y niños. Además, existen muchas creencias fuertemente naturalizadas acerca de cómo ser niño, niña, varón y mujer.

Tanto el sexismo como la igualdad se aprenden desde niña/o. Trabajar con la infancia la perspectiva de género es una invitación a considerar las diferencias entre niños y niñas como construcciones sociales. En este sentido, será nuestro trabajo visibilizar la temática con el fin de combatir la discriminación y la estigmatización a través de la educación, divulgación y toma de conciencia de los estereotipos sobre ser mujer o ser varón, y las expectativas en relación con el género.

Mujer no se nace

Tal vez escuchaste alguna vez la frase “mujer no se nace, se hace”. Quizás te parezca un tanto arbitrario que desde que nacemos nos vistan de un color determinado y existan expectativas específicas sobre cada género. ¿Es algo natural que muchas niñas elijan el color rosa para vestirse? ¿Los niños nacen amando jugar al fútbol? ¿Las mujeres hemos nacido para cuidar hijos/as y los hombres para trabajar fuera del hogar? Para pensar estos interrogantes y comenzar a desnaturalizar estereotipos sexistas, tenemos que definir algunos conceptos centrales:

Sexo. Es entendido como la diferencia sexual y se refiere a las características biológicas, físicas, anatómicas y fisiológicas de las personas.

Género. No es lo mismo *sexo* que *género*. El concepto de *sexo* hace referencia a las características biológicas de hombres y mujeres. El concepto de *género* refiere a los rasgos que cada sociedad asigna a las mujeres y los varones, a las niñas y los niños. O sea, lo que se considera “propio” de las mujeres y “propio” de los varones, y que no depende del sexo biológico sino de las costumbres de una determinada cultura. Por eso varía de un país a otro y de una época a otra. Es decir, cambia y por tanto puede modificarse.

La idea de *género* nos permite pensar en las identidades *varón/mujer* como producto de una construcción social que se realiza a partir de la identificación de la genitalidad de las personas.

Los estereotipos basados en las relaciones de género contribuyen en la construcción simbólica de roles y atributos de las personas a partir del sexo asignado al nacer, estableciendo una jerarquía en la cual lo masculino es valorado como superior respecto de lo femenino, y convirtiendo la diferencia sexual en desigualdad social. Los varones y las mujeres no ocupan el mismo lugar ni son valorados/as

de la misma forma; no tienen las mismas oportunidades ni reciben un trato igualitario. Esta construcción social genera un sistema que, entre otras cosas, hace que las mujeres ganen menos que los varones por igual tarea o no accedan a puestos de decisión en los ámbitos laborales, y sean víctimas de femicidios y violencia de género en sus distintas formas.

A partir de la Ley 26.743 de Identidad de Género, las personas tienen derecho a ser tratadas de acuerdo con su identidad de género y a ser identificadas como se autoperciban. Entendemos la *identidad de género* como la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento. En este sentido, la frontera entre sexo y género es difusa, y lo importante es la vivencia personal, la autopercepción de cada persona que puede diferir con el sexo que le fue asignado.

Micromachismos. Son las prácticas machistas legitimadas por el entorno social, a diferencia de otras formas de violencia contra las mujeres visibilizadas y cuestionadas como tales. Comprenden un amplio abanico de comportamientos naturalizados, percibidos como “normales”, que se sostienen en la idea de superioridad de los varones sobre las mujeres. Están considerados como base de todas las demás formas de violencia contra las mujeres (psicológica, emocional, física, sexual, económica, etc.).

Femicidio. Se denomina así al asesinato de una mujer por motivos de su género. Esta expresión surgió como alternativa al término de “homicidio” con la finalidad política de reconocer y visibilizar la discriminación, la opresión, la desigualdad y la violencia sistemática contra la mujer que, en su forma más extrema, culmina en la muerte.

Juegos y juguetes no sexistas

¿Todas las niñas quieren jugar con muñecas y los niños con autos? Entrar a una juguetería sin mirada crítica hace que, al elegir, pongamos en juego los estereotipos de género y colaboremos a su reproducción. Comenzar a preguntarnos y poner atención sobre las elecciones que hacemos en relación con los juguetes y juegos para niñas y niños es comenzar a desnaturalizar y deconstruir esos estereotipos. No existe nada natural en la elección de una muñeca o una pelota de fútbol, muchas veces estamos tan acostumbrados que nos resulta natural, pero es producto de una construcción social que está muy arraigada.

Cuando hablamos de “juguetes sexistas”, hacemos referencia a aquellos juguetes que reproducen los roles de varón y mujer en nuestra sociedad. Aludimos a que niños y niñas, a través de esos juguetes, asimilan la discriminación y reproducen los esquemas machistas y patriarcales que imperan en nuestra sociedad. Estos esquemas van de la mano con la clasificación de los juegos y juguetes según sexos, creando estereotipos como el del varón fuerte, poderoso (superhéroe) y la mujer dedicada a la cocina, las actividades de la casa o a ser “princesa” (linda, sumisa), impidiendo un juego libre que permita desarrollar a cada uno su potencial.

Es muy importante interrogarnos y prestar atención a las decisiones que tomamos al elegir juguetes y juegos para niños y niñas, y al modo en que esto colabora a construir roles estereotipados que condicionan la vida a futuro y reproducen la discriminación. Las únicas pautas a considerar a la hora de elegir juguetes es que sean creativos y seguros, favorezcan la participación y la imaginación, y sean adecuados a la edad.

La educación es una de las vías para cuestionar los mandatos sociales y roles de género. Educar sin estereotipos de género es promover una mirada crítica, enseñar a elegir de acuerdo a criterios y deseos propios, saber que los medios de comunicación y el mercado nos van a ofrecer sistemáticamente, de manera dicotómica, productos para niños o niñas, pero aun así podemos detenernos y pensar en lo que realmente deseamos.

Por supuesto que esta tarea tan difícil no será posible sin docentes, padres, madres, responsables y amigos/as que acompañen la crianza, teniendo en cuenta una perspectiva de género.

Características asociadas a cada género y reforzadas socialmente

La perspectiva de género nos permite visibilizar la asignación social de roles y tareas en virtud del sexo asignado al nacer.

Por ejemplo:

Género	Asociaciones
Femenino	ama de casa color rosa flores cuidadora sensible
Masculino	proveedor color celeste automóvil mental

No podemos pensar con perspectiva de género sin visualizar las relaciones entre los géneros femenino y masculino como relaciones de poder, en las cuales lo masculino posee una jerarquía superior y es dominante con relación a lo femenino. Hablamos de un sistema patriarcal.

La Real Academia Española define el patriarcado como “organización social primitiva en que la autoridad es ejercida por un varón jefe de cada familia, extendiéndose este poder a los parientes, aun lejanos, de un mismo linaje”.

Marta Fontenla, en su *Diccionario de estudios de género y feminismos* (2008), propone esta definición:

En términos generales el patriarcado puede definirse como un sistema de relaciones sociales sexo-políticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones, quienes como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea con medios pacíficos o mediante el uso de la violencia. Los estudios feministas sobre el patriarcado, y la constatación de que se trata de una construcción histórica y social, señalan las posibilidades de cambiarlo por un modelo social justo e igualitario.

Desde hace pocos años, el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, se convoca a un paro internacional de mujeres con movilización, para visibilizar la violencia contra las mujeres en todos los ámbitos de sus vidas. Son muchas las consignas que han convocado a esta actividad; una de las mayores preocupaciones es la violencia extrema contra las mujeres (en Argentina se produce un femicidio cada treinta horas); por otro lado, se hace énfasis en muchos otros temas de discriminación contra las mujeres, como la problemática de las tareas de cuidado y el trabajo femenino, ya que históricamente ellas han sido y siguen siendo las principales responsables de las tareas de cuidado del hogar y la familia, no reconocidas ni remuneradas, sumándose a ellas el trabajo fuera del hogar, que genera una doble jornada laboral.

Más allá del particular momento histórico en el cual las mujeres se han empoderado para hablar de estos temas y ser escuchadas -tanto en los ámbitos públicos como privados- la cultura patriarcal

persiste y con ella los estereotipos de lo femenino y lo masculino. Se sigue postulando el modelo de lo femenino en relación con la sensibilidad, lo maternal, el cuidado del hogar y la familia, y el consumo de productos para el hogar o la belleza, entre otros aspectos, y lo masculino vinculado al rol de proveedor, el interés por la tecnología y los artefactos, la fortaleza física y el incorporarse a las tareas de cuidado solo en términos de brindar una “ayuda”. Estos roles perjudican fundamentalmente a las mujeres pero también a los varones, ya que ambos están entrampados en un “corset de género” que les impide moverse con libertad y los condiciona a actuar en base a determinadas exigencias que recaen sobre cada género como responsabilidades.

División de tareas en el hogar y crianza compartida

No existe trabajo más subvalorado e invisibilizado que el cuidado del hogar (“tareas domésticas”) y el cuidado familiar de niñas, niños y adultos/as mayores. Como ya fue señalado, es un trabajo que recae en primera instancia sobre las mujeres, no recibe remuneración, no se le reconocen feriados ni garantías laborales. Se hace necesario ampliar esta responsabilidad de manera simétrica y promover la crianza compartida como una responsabilidad social de las familias, entendiendo *familias* como configuración social elegida, que puede ser muy diversa, y no como el modelo tradicional de madre, padre e hijos. Para esto es preciso que los miembros de las familias trabajen juntos, compartiendo las diferentes responsabilidades.¹

1. Hablar de familias (en plural) es un modo de erradicar la visión de un modelo familiar público, e incorporar al término su diversidad.

Aprendizaje a través de la observación

No es suficiente con enunciar estas propuestas, porque el aprendizaje de las niñas y los niños se da a través de la observación, de manera vicaria. El *aprendizaje vicario* es el tipo de aprendizaje que ocurre cuando observamos lo que hacen las otras personas y extraemos una conclusión sobre el funcionamiento de algo. Es una forma de autoeducación que se realiza socialmente. El término *vicario* viene de una palabra en latín que significa 'transportar', esto nos sirve para mostrar que es un tipo de aprendizaje en el cual el conocimiento es transportado del observado al observador. Desde esta teoría, Albert Bandura (1977) incorporó el factor social a los componentes conductuales y cognitivos, para analizar cómo aprenden las personas. Esto explica por qué tantas veces las niñas y los niños aprenden en mayor medida de aquello que ven, que de lo que los adultos y las adultas les dicen. Las acciones y el modelado (comportamientos que se imitan, asumidos como modelos) son las cartas con mayor puntaje en la infancia. Como es de esperar, el sexismo –como tantas otras funciones– se aprende desde la infancia, como así también la igualdad.

Desmitificar el amor romántico

¿Cuántas historias conocemos de mujeres rescatadas, salvadas, cuidadas, santificadas como madres, princesas, reinas elegidas por príncipes salvadores, castigadas como madrastras, brujas, malvadas, o medias naranjas que se completan con otras?

La literatura infantil ha contribuido a reforzar los estereotipos de género que ubican a la mujer en un lugar pasivo, de dependencia con relación al varón. El ideal romántico vinculado a la búsqueda del “príncipe” salvador y protector ha formado y forma parte de los relatos con los cuales crecen las niñas. Repensar esta posición de la mujer con relación al ideal romántico es parte del trabajo de deconstrucción y empoderamiento de género.

“Hay profesiones que están más asociadas a un sexo porque durante mucho tiempo solo las han desarrollado hombres o mujeres. Las profesiones pueden ser realizadas por cualquier persona, sin distinción de sexo, en la medida de las posibilidades. ¿Pensaste alguna vez en ser piloto o pilota de avión o de autos, maestra o maestro, juez o jueza, bombero o bombera, cirujano o cirujana, ingeniero o ingeniera?”. Publicado en *Lola no está sola*, Cavaco, Kosovsky, Miracco, 2017, Editorial Sudestada.

Algunas herramientas a favor de una mayor igualdad entre varones y mujeres para adultas y adultos que ejercer un rol de padres, madres, docentes o cuidadores

- Utilizar lenguaje no sexista.
- Incluir juguetes y juegos no sexistas.
- Compartir las tareas domésticas y de cuidado de niñas, niños y adultos/as mayores.
- Cultivar una mirada crítica, que corte tajantemente con la censura en base a prejuicios.
- Enseñar con el ejemplo.
- Leer cuentos, historias o ver películas que desmitifiquen el amor romántico y empoderen tanto a niñas y niños como a adultos.
- Practicar la solidaridad y la *sororidad*.²
- Participar de espacios que permitan generarnos interrogantes.
- Valorar las diferencias y enriquecernos con ellas.
- Dialogar, escuchar e intercambiar pareceres con hijas, hijos, alumnas, alumnos.

¡El mayor desafío de educar es enseñar a pensar!

2. Término derivado del latín *soror* que significa hermana, utilizado para referirse a la hermandad entre mujeres con respecto a las cuestiones sociales de género.